

RIOHACHA: MACONDO

Juan Mansilla Sepúlveda

Riohacha es la inspiración de ciudad donde coexisten el cielo y el infierno. Axiológicamente se ubica más allá del bien y del mal. Es la ciudad donde fue concebido Gabriel García Márquez, en una casa, ungida con el aura, envuelta en las simientes de las mariposas amarillas de Macondo, entre las flores y los almíbares de una luna de miel de Luisa Santiago y Gabriel Eligio, en 1926. Riohacha es hija del mar del viento, del sol, de la arena, perla preciosa incendiada y saqueada por piratas una y otra vez, asolada por legiones extranjeras (y nacionales), guerras civiles y efímeras bonanzas. Riohacha posee un nombre híbrido: media palabra masculina y media palabra femenina. En lengua wayuunaiki: *Süchiimma* que se traduce a “Tierra del Río”. Su nombre, al parecer, se origina por el hallazgo de una bella e imponente hacha enterrada a la orilla del río por parte de exploradores europeos, que hasta ese momento creían ser los primeros en llegar a ese lugar, donde el diablo encontró el poncho que perdió. Bautizaron el lugar como

Río de el hacha. La ciudad fue fundada por el alemán Nicolás de Federmann el 5 de agosto de 1535.

Riohacha fue y es la inspiración de ese vallenato de 450 páginas: *Cien años de Soledad*, publicada por primera vez en 1967. Riohacha, la capital de La Guajira colombiana, no es un lugar masivamente visitado. No cuenta con una gran infraestructura turística. Igual que Aracataca, Riohacha es un territorio inundado de magia y de los colores del pueblo wayuu. Tierra caliente donde el sol jamás desaparece. Riohacha es Macondo. Se lee en *Cien años de Soledad* que el coronel Aureliano Buendía salió de La Guajira con dos mil indígenas bien armados para dirigirse tal vez al Magdalena Grande.

Aquí, en Riohacha, nos encontramos con la “Avenida Primera”: la primera calle de América del Sur, entre el Trópico de Cáncer y el Trópico de Capicornio. En su contrapunto, Isla Navarino, en el sur profundo, nos muestra el último respiro de tierra del continente americano, el circuito de los Dientes: la ruta más austral de



El *Pütchipü'ü*, Palabrero Wayuu (Riohacha, La Guajira). Fotografía tomada por Juan Mansilla, 2023



Atardecer guajiro, Fotografía tomada por Juan Mansilla, junio de 2025

Abya Yala, un sendero de senderos. Los atardeceres guajiros son los más bellos del mundo. Mágicos, encantadores, maravillosos. La joya del Caribe. La historia nos narra que el pirata inglés Francis Drake, el mismo que llegó al Coquimbo chileno, habría escondido parte de su botín en esta zona en 1596. Se cuenta que el tesoro nunca fue recuperado y podría estar aún oculto en algún lugar de la península guajira, entre Maicao y Maracaibo.

“Cuando el pirata Francis Drake asaltó a Riohacha, en el siglo XVI, la bisabuela de Úrsula Iguarán se asustó tanto con el toque de rebato y el estampido de los cañones, que perdió el control de los nervios y se sentó en un fogón encendido. Las quemaduras la dejaron convertida en una esposa inútil para toda la vida. No podía sentarse sino de medio lado, acomodada en cojines, y algo extraño debió quedarle en el modo de andar, porque nunca volvió a caminar en público. Renunció a toda clase de hábitos sociales obsesionada por la idea de que su cuerpo despedía un olor a chamusquina. El alba la sorprendía en el patio sin atreverse a dormir, porque soñaba que los ingleses con sus feroces perros de asalto se metían por la ventana del dormitorio y la sometían a vergonzosos tormentos con hierros al rojo vivo”. Así comienza el segundo capítulo de *Cien años de soledad*.

Riohacha es Colombia profunda. Si nos adentramos hasta Laguna Navío Quebrado, llegamos al hogar del Santuario de Flamencos. Este paraíso natural se convierte en un espectáculo para los amantes del mundo de la vida, donde los flamencos rosados, con sus colores majestuosos y elegancia, roban el protagonismo. Riohacha es la única ciudad capital de departamento de Colombia en cuya plaza central no está Simón Bolívar, sino José Prudencio Padilla,

un experto marino que, en su hora, forzó la barra de Maracaibo pasando a fuego vivo los esteros y castillos de San Carlos.

La Guajira fue la tierra de Sangané, caminante de las tinieblas, dueño de Riohacha a tientas. Daniel era su nombre: un indígena wayuu, ciego, que sin acompañante o lazarillo tenía ruta y cronograma propio. Recorría desde la Marina hasta la calle ancha, identificando con su intuición de cuerpo y alma, casa a casa y voz a voz sus habitantes. Resistió arenales, carros, sol, vientos alisios del nordeste, sed, hambre y limosnas. Una madrugada de un sábado de octubre de 1988, el huracán Joan se lo llevó.

Riohacha también es la tierra de Moralito, el hijo de Lorenzo Morales, vidas inspiradoras de una de las canciones que más desprecia el origen campesino, indígena y local de un ser humano: la gota fría: “en mi nota soy extenso, a mí nadie me corrige. ¡Qué cultura!, ¡qué cultura va a tener! un indio chumeca como Lorenzo Morales / ¡Qué cultura va a tener, si nació en los cardonales! / ¡Qué cultura va a tener, si nació en los cardonales!”. La versión original fue compuesta en 1938 por el juglar,

cantante, acordeonero y renombrado Emiliano Zuleta Baquero, pionero de las grabaciones vallenatas, la dejó para la historia con el nombre de “Qué criterio”; luego Ismael Rudas y Daniel Celedón hicieron la primera versión para el acetato con acordeón, caja y guacharaca. Después tomó fuerza con la interpretación que le dieron figuras como Julio Iglesias y Paloma San Basilio. Carlos Vives hizo una versión cambiando partes de la letra original y reemplazó la palabra “hombre” por “indio”. Los chumecas no eran indios, sino negros de Jamaica, que

llegaron al Caribe colombiano a laborar y no eran muy queridos por los nativos costeños porque les quitaban el empleo o trabajaban por menos dinero en los jornales y, entonces, existía esa rivalidad.

Los Cardonales es un corregimiento a media hora de Valledupar, se llama los Cardonales de Guacoche, donde nació Lorenzo Morales. Este corregimiento hoy tiene 3000 habitantes. Se trata de un corregimiento de Valledupar (Ciudad de los Santos Reyes del Valle de Upar). Se conoce también como Los Cardonales de Guacoche. Estuvo ocupado por los indígenas Chimilas, quienes le dieron el nombre de Guacoche, que significa “agua turbia”. En tiempos de la colonia, negros, cimarrones y palenqueros fugitivos, llegaron hasta allí huyendo de la esclavitud. Y desde entonces son mayoría. Hoy la comunidad de Guacoche se reconoce, en su totalidad, como pueblo negro.

Riohacha es la ciudad de Avelino Jalaló, le gritaban así para que los carros no les atropellaran a los chivos que generalmente traía al pueblo. Es la tierra de “culo alegre”, un sujeto que se quemó gran parte del cuerpo en un incendio, menos aquella parte sensible que nos permite sentarnos. Riohacha es la tierra de “Palo Floriao” que en su época era el hombre más elegante del pueblo, le decían así porque tenía tres mujeres con el nombre de flores: Flor, Rosa y Margarita. Por sus calles habitó Nicolás Dínamo, dueño de la primera planta generadora de energía en Riohacha, siempre decía “ahora me tienen armado un carrampamplán”.

Así comienza de manera memorable *Cien años de Soledad*: “El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daba a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes metálicos, y todo el mundo se espantó al ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la desesperación de los clavos y los tornillos tratando de desenclavarse, y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquíades. Las cosas tienen vida propia —pregonaba el gitano con áspero acento—, todo es cuestión de despertarles el ánima”. José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza y aún más allá del milagro y la magia, pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra. Melquíades, que

era un hombre honrado, le previno: “Para eso no sirve”. Pero José Arcadio Buendía no creía en aquel tiempo en la honradez de los gitanos, así que cambió su mulo y una partida de chivos por los dos lingotes imantados. Úrsula Iguarán, su mujer, que contaba con aquellos animales para ensanchar el desmedrado patrimonio doméstico, no consiguió disuadirlo. “Muy pronto ha de sobrnarnos oro para empedrar la casa”, replicó su marido. Durante varios meses se empeñó en demostrar el acierto de sus conjeturas. Exploró palmo a palmo la región, inclusive el fondo del río, arrastrando los dos lingotes de hierro y recitando en voz alta el conjuro de Melquíades. Lo único que logró desenterrar fue una armadura del siglo XV con todas sus partes soldadas por un cascote de óxido, cuyo interior tenía la resonancia hueca de un enorme calabazo lleno de piedras. Cuando José Arcadio Buendía y los cuatro hombres de su expedición lograron desarticular la armadura, encontraron dentro un esqueleto calcificado que llevaba colgado en el cuello un relicario de cobre con un rizo de mujer.”

Riohacha es tierra del gitano Melquíades. Pero también de “Cantinita”, quien siempre mantenía una cerveza en la mano. De “Sal de frutas”, un pintoresco personaje comerciante que en su propio carro (azul con blanco) llevaba sal a Fonseca y frutas a Manaure. Riohacha fue tierra de Luis Antonio Robles Suárez, “el negro Robles”, abogado, educador, periodista, escritor, insigne orador, ministro de estado, gobernador, comisario especial, representante a la cámara por Magdalena y Antioquía. Pero también hasta Riohacha llegaron los hermanos capuchinos, eso ocurrió en 1888, llamados por el obispo de Santa Marta, Rafael Celedón. Se les asignó el territorio de La Guajira, Sierra Nevada y Motilones, en el Cesar.

El departamento de La Guajira se creó en 1965, gracias a las reformas a la constitución realizadas en el gobierno de Guillermo León Valencia, proyecto presentado por el samario José Ignacio “Nacho” Vives Echeverría, apoyado por el riohachero Eduardo José Abuchaibe Ochoa. Riohacha atrae nuestros anhelos. Puerto de aguas bicolors. De un lado, hacia la costa, amarillas, terrosas; y del otro, hacia fuera, hacia el mar, hacia la distancia, azules, azules, marinas, marinas. Y es porque el Calancala no deja que el azul se acerque demasiado a la costa. El Calancala va metiendo su cabecita en el mar. ☞

Juan Guillermo Mansilla Sepúlveda (Puerto Aysén, Chile, 1976). Chileno, Profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica y Licenciado de Educación por la Universidad de La Frontera, Chile. Magister en Desarrollo Regional y Local por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Pontificia de Salamanca, España. Profesor Titular de la Universidad Católica de Temuco, Chile. Fue Presidente del Consejo de Decanos de las Facultades de Educación del Consejo de Rectores de Chile (CONFAUCE). Actualmente es Vicepresidente de la Sociedad de Historia de la Educación Latinoamericana (SHELA) e investigador del Grupo HISULA de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Es investigador principal del Núcleo Milenio para la Investigación Antirracista en la Educación Chilena (MRACE).